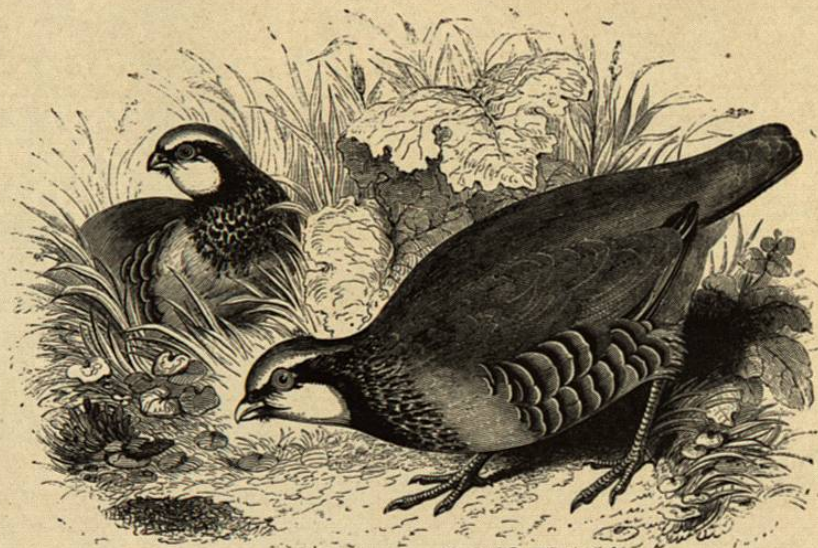


tender, la única manera digna del verdadero cazador que estima más el arte que el lucro. En el ducado de Aosta, en Saboya, en el Tirol, Suiza, Transylvania y en nuestros Pirineos centrales, se cazan accidentalmente, si se encuentran al paso, cuando se va á caza de rebecos; porque, como no son muy frecuentes, no vale la pena de hacer ascensión á la región de las nieves para el caso problemático de dar con una bandada, y más problemático aún de poder tirarles. En el caso de ver una bandada, no siempre se llega á tiro; pero se puede onseguir, porque se posan otra vez en tierra á los cien

pasos, ó poco más, si se levantaron sin oír detonación de arma.

Con un buen perro de muestra que cace muy corto se puede perseguir una bandada hasta hacer los dos primeros tiros si son seguidos, porque es caza que aguanta poco y vuela^a lejos una vez que ha sido fogueada: por eso conviene asegurar la primera pieza, porque es más que probable no poder tirar dos veces en un mismo día á la misma bandada, pues vuelan muy rápidamente y muy lejos, haciendo infructuosa su persecución, dado el terreno que habitan.



CAPÍTULO XXXI

LA PERDIZ
SEGÚN LOS CAZADORES NATURALISTAS

TRAS las estrofas del cazador que con esto más ó menos sublime canta las excelencias de la perdiz y su caza, merecen señalado albergue las narraciones del cazador naturalista y observador señor Torres Ayllón.

De todas las aves silvestres la perdiz es la que más se ha extendido por la superficie del globo, á pesar de

no habitar sino la zona templada; y, por lo tanto, es la más conocida de los cazadores.

Pertenece á la familia de las *perdicida*, del orden de las gallináceas, y es conocida en la ciencia por *perdix cinerea*, Briss.

Según los países que habita, difiere el color de su pluma y algún otro de los caracteres que la distinguen, dando esto origen á las *variedades* que de ella se derivan.

El mismo Brissón reconoce otra especie, que llama *perdix græca*, á la que Meyer nombró *perdix saxatilis*

ó perdiz de roca. La *perdiz rufa*, Lath, considerada por algunos ornitólogos como una variedad de esta última, es otra especie. La primera pone huevos rojizos salpicados de manchas negras; la última los pone blancos con manchas rojizas.

La perdiz que habita la alta montaña de nuestra península es la clasificada con el nombre de *perdiz peñerosa*, Lath, y tiene su morada en las sierras. Sus huevos son blancos como los de la perdiz gris. Esta especie reside en España, Baleares, Sicilia, Calabria y en el norte de África.

La perdiz, como antes he dicho, habita exclusivamente la zona templada, y resiste mejor el calor que el frío riguroso.

La *perdiz gris* es enteramente desconocida en España: habita en los Estados del centro de Europa, principalmente en Alemania, Inglaterra, Suiza, Bélgica, norte de Francia, Holanda, Rusia y Austria. Tiene su residencia en los sembrados, y después que se han levantado las mieses se oculta en los patatares, campos de remolacha y en las grandes siembras de coles, etc. En fin: vive siempre en el campo y en las viñas, lo contrario de lo que hace nuestra perdiz.

Pasemos á la descripción de esta especie.

El macho de la perdiz gris tiene un pico de color entre azul y oliva, casi de una longitud de 25 milímetros. El ojo es pardo. Por debajo del ojo se extiende una faja granulenta de color grana, desprovista de pluma, y forma detrás de él un triángulo agudo. La frente es de color de naranja, y este color se prolonga en dos fajas por encima de los ojos hasta su terminación en la parte posterior de la cabeza. La parte superior de ésta es de color pardo verdoso, listada de amarillo blanquecino y bordeada de negro. El cuello y parte del pecho es de un bello color de ceniza festoneado de negro. El dorso es ceniciento mezclado de un tinte dorado, surcado de líneas trasversales negras y pardioscuras. Las líneas trasversales de la parte posterior del cuerpo son de color de castaña y más anchas que las del dorso: el fondo de la pluma es del mismo color que el dorso. La cola está formada por diez y ocho plumas cortas, y el color distribuido de la manera siguiente: las cuatro del medio son como las que cubren la parte posterior del dorso; las restantes son de color rojo amarillo oscuro, y las puntas color de orín salpicado de negro; las plumas de las alas son de color de orín, surcadas por líneas trasversales negras, con una mancha pardirojiza en cada una; las remeras son pardioscuras con fajas trasversales de color de orín.

El pecho tiene una gran mancha en forma de herra-

dura, con la abertura hacia la parte inferior, y cuyo color es castaño. Los costados del cuerpo están cubiertos de plumas de color ceniza claro con líneas negras y fajas rojizas. El vientre es blanco con manchas negras. Los muslos, por la parte exterior, son grises con manchas negras y fajas blancas; la interior, color rosado. Las patas, cuya longitud es de 5 milímetros, son de color moreno. Los dedos son más oscuros. Cuanto más vieja es la perdiz, más oscuras son las patas. Las uñas son de color gris.

La hembra tiene la faja granulenta, que pasa por debajo de los ojos, más estrecha y menos viva de color. La parte superior de la cabeza es de color de orín pardusco, con pequeñas manchas blanquecinas ovaladas; el dorso, más oscuro que el macho; y las manchas de las plumas de las alas, más oscuras, es decir, de color pardinegro.

El escudo ó mancha del pecho no existe en las hembras muy viejas, y las jóvenes tienen en su lugar una ó varias manchas redondas de color pardo. La cola es de color de orín.

De esta perdiz existen algunas variedades:

1.^a La *perdiz blanca*. Blanca en su totalidad, ó gris blanquecina ó amarillenta.

2.^a La *perdiz manchada* ó *perdiz urraca*, que tiene manchas rojizas ó manchas negras.

3.^a La *perdiz de collar*, que tiene un collar blanco, siendo el resto del cuerpo como en las demás de su especie.

La perdiz gris debiera introducirse en España, porque, teniendo su residencia en los llanos, es más fácil de cazar; su tamaño es casi mayor que el de la de este país, y el sabor de su carne tan exquisito.

La *perdiz græca* tiene la garganta blanca, rodeada por una faja negra mosqueada: cabeza, cuello, pecho, la parte superior del cuerpo y las plumas del medio de la cola, de color de ceniza claro con tinte rojizo: las plumas de los costados son amarillentas con ondas negras. El pico y las patas son rojos. La longitud de esta perdiz es de 35 milímetros. La hembra es bastante más pequeña que el macho.

Esta perdiz reside en las vertientes S. de los Alpes, en la región central; jamás baja á los valles profundos ni á los llanos. Vive de plantas, semillas y crisálidas, en particular de las hormigas. Construye su nido debajo de las raíces de los árboles que están al descubierto, ó debajo de piedras salientes, y pone de quince á veinte huevos rojizos moteados de negro.

La *perdiz roja*, que es la que comunmente cazamos en la Península, ha sido considerada por algunos orni-

tólogos como una variedad de la precedente; es menor que ella, y pone huevos blancos con motitas rojas. Omito la descripción de su exterior, por ser sobradamente conocida.

Todas las especies de la perdiz, así como sus variedades, tienen el mismo género de vida: únicamente varían las épocas del celo y cría, según habiten regiones más ó menos frías.

Tan pronto como el rigor del invierno cesa, empiezan las perdices á *aparearse*, esto es, á separarse los padres del bando; y los perdigones se distribuyen por parejas en tanto que lo permite la proporción del número de machos respecto al de las hembras. Cada una de estas parejas se interna en la soledad del monte ó de los sembrados á disfrutar las delicias que ofrece el culto á la diosa de Citeres. Sólo la muerte de uno de los cónyuges puede romper el indisoluble lazo que voluntariamente les une, y justifica al que sobrevive si hace gestiones para una segunda unión.

En los primeros días de celo, los machos que se quedan sin compañera buscan á los que ya están apareados y promueven con ellos grandes peleas; tanto más, cuanto que el número de machos es tres y cuatro veces mayor que el de las hembras. El vencedor es agraciado con la posesión de la bella. Los machos viejos saben defender tan bien sus derechos de esposo, que los rivales tienen por conveniente tranquilizarse pronto.

Cuando el número de machos es excesivo, es un inconveniente á la procreación, porque el macho que ya está apareado se debilita por las continuas peleas, y la hembra se ve mortificada por la exigencia de los intrusos, que no le dan momento de reposo, hasta el punto de no poder poner el fruto del placer fortuito en un mismo nido; antes más bien se ve obligada á dejarle caer en el suelo, y, por consiguiente, se queda sin ser incubado. A veces sucede que, por la tenaz persecución que sufre la hembra por los machos excedentes, se retira sola ó seguida de su compañero á otro cazadero inmediato.

Una vez apareadas las perdices, apenas se separan los consortes, y á menor distancia cuanto mayor es el número de machos excedentes. Así que el macho pierde de vista á la hembra, empieza á llamarla con vehemencia, particularmente por la tarde y á la madrugada. Ésta le responde, y parte veloz á reunirse con su compañero y admite sus caricias.

Si la primavera es de buena temperatura, ó si se adelanta el buen tiempo, las hembras viejas empiezan á fin de marzo ⁽¹⁾ y las jóvenes por abril á poner un

(1) Varía según la localidad, pero nunca antes de esta fecha.

huevo diariamente en un nido que construyen debajo de una mata ó en medio de la siembra, con algunas hierbas secas, en un surco ó aprovechando el hueco que forma la pisada de un caballo ó de un buey.

El número de huevos que pone una perdiz siendo joven no pasa de diez á once: en cambio, las viejas suelen poner entre catorce y diez y ocho. Si se hallasen más huevos en un nido, puede tenerse la seguridad de que los restantes han sido puestos por otra ó otras perdices, que no han tenido tiempo de formarse el suyo por haber sido acosadas por los machos excedentes. En cambio, si el nido tiene menos de ocho huevos, se debe suponer que, ó han sido comidos por las alimañas, ó que se ha visto la hembra obligada á poner los primeros en otros sitios.

A mediados de febrero empieza la *picadilla* de las perdices, pero siendo excesivo el número de machos se retrasa el período de la pisa hasta mediados de marzo. Sólo quince días de unión bastan á la hembra para empezar á hacer la postura.

La perdiz no se echa sobre el nido hasta tanto que ha terminado la postura anual. Durante la incubación la perdiz no se separa del nido más que el tiempo suficiente para ir al pasto. El macho, que no se separa de la hembra en este período, se echa en el nido cuando aquélla se levanta. A las tres semanas saca los pollos, que siguen inmediatamente á los padres, siendo tratados por éstos como las gallinas hacen con los polluelos. Durante la incubación la perdiz vieja suele perder las plumas del vientre.

Al cabo de tres semanas, á lo sumo, empiezan los perdigonillos á aletear, y crecen paulatinamente hasta octubre, en que alcanzan su completo desarrollo.

La creencia de que en determinados casos hace la perdiz una segunda postura, es muy fundada; pero debo advertir que no es una segunda cría. La segunda postura es consecuencia de haber perdido los huevos de la primera, por haber sido robados por los hombres, por las alimañas ó destruidos por lluvias conocidas con el nombre de *mangas de agua*. Las crías tardías proceden de huevos puestos en el mes de mayo; pero se ven raras veces.

Los polluelos, desde el primer momento de su existencia, están atentos á la menor señal de los padres: es verdaderamente digno de atención ver con qué prontitud acuden los pequeños al llamamiento de sus mayores, y la tierna solicitud de éstos hacia su cría cuando sienten la proximidad de un peligro.

Ni de día ni de noche consiguen los enemigos de la perdiz, ya sean zorros ú otras alimañas, sorprender su



UN DESCANSO VENATORIO